

SHERLOCK



EL CASO DE ALFONSO ALCALDE

EN LA reciente ocasión de dos entrevistas diferentes —una televisada y otra escrita—, Alfonso Alcalde se presenta como un autor sin lectores, porque “la gente no compra los libros que yo hago”. Confieso que la revelación me produjo algo más que un simple asombro, una llagadura que llegaba al estupor. De la obra de Alfonso

Alcalde sólo conozco “El auriga Tristán Cardenilla” y “Alegoría provisoria”, volúmenes de cuentos de estatura distinta, mellizos en su muestra de la realidad humana, surgida de sus páginas de manera profunda y vertical, tocando con un contacto de piel a piel la emoción del lector, expresada en una suerte de amor inefable por el pueblo. Digo, entonces, que libros de este tipo deberían perennizarse en el afán de Chile. Alfonso Alcalde viene entregando con ellos un mensaje de rango nacional, cuya preciosa rectoría obliga a saludarlo y comprenderlo como a uno de los escritores de más alta jerarquía en este instante, acaso el que mejor ha entendido al pueblo, haciéndolo el ejecutivo protagonista de sus páginas admirables, entre lágrimas y risas, tal como es la vida.

Voy a señalar, sobre esta base, algo que sin duda molestará bastante a los pedantes,

MÁS VALEDERO, para el roto, es “Palomilla brava”, de Víctor Domingo Silva, y mucho más todavía “El auriga Tristán Cardenilla”, de Alfonso Alcalde. Considero que en los cuentos de “El auriga Tristán Cardenilla”, están los rotos tales como son, rotos pescadores, payasos atorrantes derrotados en los circos, vagabundos sin remedio, héroes licoreados y tiernos, agarrados a costalazos con la miseria.

Uno de estos cuentos, “Za-

patos para Estubigia”, me impresionó más que los otros. Estubigia es una mujer de la caleta, “canastera, descalza, rostro de mimbre, ojos de ceniza, frente de mármol, comprando el ultecito, el luche, las machitas, su jurel, su cauque para revenderlo y tener para los cigarrillos y un plato de sopa”. Siempre a pata pelá, pisando perrerías, su sueño es tener alguna vez zapatos. La ambición de poseerlos la sufre hasta en el instante de su muerte, dolida de irse al ce-

LA PISTA DE LA NOTICIA

y más aún a los consabidos asnos sagrados de nuestro medio literario, siempre envueltos en solemnes tules. Sólo porque ellos lo canonizaron así, por su capricho, la zococracia criolla aceptó de inmediato a “El roto” de Joaquín Edwards Bello, como al ejemplar literario más exacto de la rotología nacional de Chile. No pretendo, diciendo estas cosas, disminuir o negar en absoluto los indudables méritos de la novela de Edwards Bello. “Pero su personaje no es el roto de veras”. Su Esmeraldo no es el roto auténtico, ni siquiera una imitación de roto, sino nada más que un lumpen que devino en un rufián, una presencia anímica distinta que no puede confundirse con la del roto. Tal vez el error de Joaquín Edwards reside en un motivo duro. Acaso nunca conoció al roto como hay que conocerlo, sintiendo la necesidad de compartir con él las llamas del brasero, el comistrajo o la caña de vino, esto es, “la sangre y la esperanza”, como lo decía Nicomedes Guzmán, que también domicilió al roto en su escritura de mejor manera que Joaquín Edwards en la suya.

menterio lo mismo que vivió, a pie desnudo. Entonces los rotos que eran sus vecinos calzan el cadáver con los bototos de fútbol del compadre Cochea y luego le hacen de regalo el ataúd. Al terminarlo, sin embargo, “los maestrillos” comprobaron que no les había alcanzado la madera, y por unos pocos centímetros el pequeño cuerpo no podía entrar por más que trataban de ajustarlo.

—Hay que sacarle los

chuteadores —dijo el carpintero.

“Una de las comadres empezó a deshacer la pulcra rosa de los cordones de los zapatos de fútbol y de nuevo los concurrentes vieron esos antiguos pies desnudos, postrados en su terrible desolación.

“Sólo el mar continuaba su agresiva parsimonia, sin que le faltara o sobrara nada, completo, íntegro en su destrucción, sin prisa y sin pausa, ordenado, caótico y solemne, como si realmente fuera un ser humano que todavía estaba vivo”. Así murió Estubigia, la rota sin zapatos, siempre a pata pelá por el drama de su tránsito. Creo que hay una poesía profunda y poderosa en lo que he mostrado, difícil de encontrar en los autores de otros cuentos con temas parecidos.

No conozco personalmente a Alfonso Alcalde. No sé cómo es. Pero podría decirle, imitando a Augusto Santelices en su carta poética a Jorge González Bastías, que “como lo imagino no está mal”. Su rostro, en la pantalla del televisor, me pareció expresivo de una timidez valiente, detalle en el que es preciso meditar. El verdadero valor es aquel que mensura el miedo y luego se sobrepone a su temor. Creo que Alfonso Alcalde es dueño de este coraje heroico.